

presar lo más profundo y lo más elevado que en el espíritu puede hallarse, es Platón, discípulo de Sócrates, como Jenofonte; como éste enamorado de las rígidas instituciones espartanas, pero mejor ciudadano que el soldado de Kyros y Agesilas, que el panegirista de la monarquía.

Platón convirtió á la doctrina sokrática en una metafísica, en una ciencia de lo supra-sensible. Su sistema tiene la armonía divina de un templo de mármol; helo aquí en esquema: «Nada de lo visible satisface la necesidad de verdad y de bien que existe en el alma; esta necesidad prueba que en ella existen, desde antes de su aparición terrestre, impresiones é ideas de un mundo superior: de aquí viene el amor á la perfección y á lo divino. Pero este amor debe disciplinarse; y de aquí la importancia de la dialéctica; así puede elevarse el alma de lo material á lo espiritual, de lo aparente que es la materia y la forma, á lo real aunque invisible; esa realidad es la de los *arquetipos* ó ideas que viven en una esfera suprasensible y cuya razón fundamental se llama Dios. El mundo material no existe por sí mismo, sino por el alma del mundo que lo anima: lo mismo el cuerpo humano, cuyo espíritu no recobra su estado natural, sino en la existencia incorporal. Siendo lo corporal un defecto, la vida debe consagrarse á una purificación perpetua, hasta realizar en la tierra la virtud que es la libertad y la felicidad.» Esta doctrina expuesta en forma de diálogos, atribuídos por Platón á su maestro Sócrates, ha tenido inmensas consecuencias en la historia del pensamiento humano.

La elocuencia era una parte natural de las instituciones democráticas; los sofistas la enseñaron como un arte; Isókrates tuvo una escuela de elocuencia y retórica; pero el gran orador del siglo IV, antes de Demóstenes, fué Lísias, gran repúblico y moralista eminente, discípulo de los oradores sicilianos. Otros muchos historiadores, filósofos y oradores, ya judiciales, ya políticos hubo; sería inoportuno mencionarlos en este resumen.

Progreso del arte.—El arte había progresado; pero en lugar de la calma sublime que lo distinguía en la época de Perikles, se mostraba más instable, más variado; en el arte también influían la retórica y la sofística. A los dos antiguos órdenes, el helénico puro ó dórico y el iónico, menos severo y más gracioso, se añade otro, el corintio, caracterizado por un capitel de hojas de acanto; en un templo de Tegea se combinan por primera vez los tres en admirable conjunto. En aquellos templos pintados con colores vivos ó tenues, para mitigar el brillo del sol sobre el mármol ó hacer resaltar los relieves, la escultura se hacía cada vez más dramática, más humana y expresiva. Skopas y otros, verdaderos peregrinos del arte que viajaban construyendo edificios ricamente ornamentados por las ciudades helénicas, eran arquitectos y escul-

tores; Skopas sabía dar alma al mármol; Praxiteles le imprimía una gracia sensual y una sensibilidad exquisitas; algunos fragmentos, algunas copias antiguas revelan aún el genio de estos hombres y de sus discípulos. La divina «Venus de Milo,» la más bella imagen de mujer que un artista haya soñado, pertenece á esa época sin duda (v. Reinach, *Recueil de têtes antiques*). Así vivían los helenos entre un pueblo de dioses y héroes de mármol y bronce que seguían sus pasos; rodeados de templos y sepulcros que realizaban todas las combinaciones de la belleza plástica; reuniéndose en lugares decorados por pintores que reproducían admirablemente la naturaleza, y de cuya obra se puede juzgar por los innumerables vasos pintados que la copiaban con incomparable gracia; y la música, que se había complicado tanto al separarse de la poesía, marcaba el ritmo de marcha á través de los siglos de aquella sociedad que con los productos de su decadencia ha hecho modelos inmortales.

BIBLIOGRAFIA. — Tukidides, Jenofonte, Plutarco, Grote, Curtius, Duruy y demás obras citadas; la Arch. gr. y la Sculpt. ant. en la *Bibliothèque de l'enseignement des beaux arts*, Croiset. — *Manuel d'histoire de la littérature grecque*; Fouillée, *Histoire de la philosophie* (para los alumnos).

FILIPO Y ALEJANDRO.

(SEGUNDA MITAD DEL SIGLO IV, ANTES DE LA E. V.)

1.—Filipo, rey de Makedonia.—2.—Filipo, conquistador de Grecia.—3.—Alejandro en Grecia.—4.—Alejandro en Oriente.—5.—Alejandro y la civilización.—6.—Los sucesores de Alejandro hasta la batalla de Ipsos.

1. *Filipo, rey de Makedonia.*—(360) Los makedonios se creían helenos y sus dinastas se decían descendientes de Heraklés; los atenienses lo negaban. La raza que vivía en las montañas y valles profundos que se encuentran entre el Hemos (Balkán), la serranía del Pindo y Tesalia, era una mezcla de tracios, ilirios y helenos; era guerrera, robusta, sana; sus reyes mal obedecidos, en lucha constante con los bravos jefes de aquellos *clans* indómitos, no pudieron, aunque lo pretendieron siempre, tomar parte en los asuntos helénicos. Cuando Filipo heredó el trono, esta pretensión pudo realizarse. Filipo había hecho una parte de su educación en Thebas y había estudiado profundamente la táctica de Epaminondas. Cuando fué rey, su primer cuidado fué transformar su pueblo en un organismo coherente, disciplinado y arma-

do; su reforma de la falange, que era la unidad táctica de los helenos, y á la que convirtió en un admirable instrumento de ataque y resistencia, protegida por una caballería superior á cuanto los griegos habían conocido, fué en parte la realización de este designio.—La expulsión de los ilirios al otro lado del Pindo, segregó definitivamente de los bárbaros á Makedonia, que para crear y prosperar necesitaba dominar sus costas, orladas de ciudades, en otro tiempo hijas ó protegidas de Athenas, y entonces, ó libres como Anfípolis, ó bajo la hegemonía de Olynto, situada en el Istmo de la triple península Kalídica. Empezó Filipo por apoderarse de Anfípolis y de las minas de oro del Pangeo, en las costas de Trakia, burlando á los atenienses y creándose un puerto y una fuente de recursos importantísima. En seguida penetró en Tesalia, donde luchaban varios dinastas entre sí.—En Grecia había entonces una *guerra sagrada*; los fokenses, para huir del pago de una multa á que la Anfiktiónía los había condenado, se habían adueñado del templo de Delfos; los anfiktiones llamaron á los pueblos á la guerra contra los sacrílegos; acudieron los tebanos sobre todo: no fueron los atenienses, y la guerra se prolongó gracias á que el tesoro de Apolón se empleó en sostenerla. Un ejército sacrílego detuvo á Filipo en Tesalia; éste logró al fin vencerlo y se presentó como vengador del dios de Delfos. Poco después quiso apoderarse de las Termópilas; los atenienses se lo impidieron (352).

2. *Filipo, conquistador de Grecia*.—Los atenienses acababan de sostener una larga y penosa lucha con sus antiguos confederados á quienes apoyaba el rey de Karia, Mausolo, el mismo á quien su viuda Artemisia dedicó el magnífico sepulcro ó *mausoleo*, maravilla del arte antiguo cuyos restos existen en el Museo Británico. Esta guerra, llamada en las historias clásicas, *social* (de socios ó confederados), costó á Athenas el imperio marítimo con tanta pena rehecho; desde entonces sólo pensaban los ciudadanos en la paz y en las dióniseas y las panateneas, las grandes fiestas públicas. Hasta los buenos generales como Fokión, convencidos de que la lucha era imposible, se oponían á toda guerra.—Aparece Demóstenes; se había hecho orador laboriosamente; había empezado por hablar ante los tribunales; entonces principió á dirigirse al pueblo, y su elocuencia que armonizaba maravillosamente la pasión y la reflexión, llegó á darle en la República un puesto semejante al de Perikles, á quien era inferior en serenidad y en dignidad natural, y superior en el culto desinteresadísimo por la patria y en la manera absolutamente moral de comprender los deberes del ciudadano; el hombre verdaderamente justo, era para el gran orador el verdadero patriota; el amor de Athenas y el amor del bien se identificaban para él. Nada más grande y más puro; nada más difícil de convertir

en programa político. Demóstenes empezó por sacudir la torpeza de los atenienses con acerba ironía cuando Filipo amenazó á Olynto; Athenas la auxilió en vano; Olynto sucumbió, y sus habitantes fueron vendidos como esclavos, y Filipo logró así ser superior á los atenienses en el Egeo, y el medroso partido de la paz triunfó en Athenas. Apenas ajustada, Filipo se apodera de las Termópilas, da fin á la guerra sagrada, la Anfiktiónía condena á muerte á la Fókide que fué convertida en un yermo, y da al rey de Makedonia el lugar preferente en el consejo anfiktiónico; esto era casi la consagración de la preponderancia ó hegemonía makedónica. Esparta, altiva y sola, cuando Filipo la envió este mensaje: «si entro en el Peloponeso, destruiré á Esparta,» contestó «sí.»

Todo se rendía al vengador de la religión ultrajada; el viejo retórico Isókrates le escribía una carta invitándole á apaciguar las discordias helénicas y á dirigirlos á todos á la conquista de Persia. Este era el secreto deseo del makedonio, el Oriente, la eterna ambición de los conquistadores europeos, como el Mediterráneo era el eterno amor de los conquistadores asiáticos. Pero antes le era preciso sojuzgar la Grecia y á ello se preparaba; sus emisarios y su oro estaban en todas partes, él recorría la alta Grecia; en Tracia se encontró á los atenienses, enviados en ayuda de las ciudades amenazadas por la infatigable energía de Demóstenes, y sus planes fueron desbaratados. En una de sus soberbias arengas que llamaba *filípicas*, el orador decía á los atenienses: «Vuestros consejeros os dicen que es preciso optar entre la paz y la guerra; Filipo no os permite elegir..... Aun cuando todos los helenos se sometan al yugo, vuestro deber, ¡oh! atenienses, es luchar por la libertad.» El auxilio eficaz dado á las ciudades tracias permitió á Demóstenes restablecer la confederación marítima; su gran empeño era reunir á todos los helenos y formar un partido nacional contra Filipo. Pero la traición velaba; el orador Esquines, vendido á Filipo, provoca una nueva guerra sagrada y los anfiktiones llaman al rey que penetra en Beocia. Demóstenes vió el peligro; los instantes eran supremos; á fuerza de elocuencia logra reunir en sus manos el gobierno de Thebas y Athenas, organiza el ejército aliado, lo sitúa en Koroneia y se pierde en las filas como un hoplita. Los helenos fueron totalmente vencidos, gracias, sobre todo, á las cargas de la caballería mandada por el joven Alejandro. Los griegos estaban aterrorizados; Demóstenes se sobrepone á todo; pone á Athenas en estado de defensa, y en las exequias solemnes de los muertos en Koroneia dice al pueblo: «No ciudadanos, no habeis faltado á vuestro deber; lo juro por las sombras de los que murieron en Marathón y en Salamina.» Filipo propuso á Athenas la paz; redujo á Thebas á la impotencia y reunió en Korinto un consejo panhelénico que declaró la guerra á los persas y nombró genera-

lísimo al rey (337). Grecia acepta la hegemonía, no de una ciudad, sino de un hombre; el principio monárquico triunfaba al fin. Poco después Filipo fué asesinado en medio de una pompa nupcial; lo que había muerto también era la libertad. Demóstenes tendrá ante la historia el mérito excelso de haber vuelto á un gran pueblo á la conciencia de sí mismo, aun cuando hubiese sido para morir.

3. *Alejandro en Grecia.*— Alejandro, á quien Niebuhr acusa de parricidio, logró subir al trono á la muerte de su padre; tenía veinte años, pero se hizo obedecer rápidamente. La Grecia entera se estremecía; Atenas, á la voz de Demóstenes, alzaba la frente; Fokión decía: «El ejército que nos ha vencido en Keroneia sólo tiene un hombre menos.» ¡Si hubiera sabido que tenía de más á la más brillante personalidad militar de la historia humana! Alejandro lo apaciguó todo con su sola presencia, y regresó á Makedonia á reducir á las tribus levantiscas del Danubio. Derrepente corre en Grecia la noticia de su muerte y estalla la rebelión. Alejandro volvió, hizo decretar la muerte de Thebas (salvó la casa de Píndaro), renovó en Korinto la sumisión de Grecia y marchó al Asia Menor. El joven que echaba sobre sí la empresa formidable de conquistar el Oriente, unía todo el ímpetu del bárbaro á toda la cultura del griego; en bravura, en aptitud física nadie le superaba; en su corazón luchaba la ferocidad de Olympias, su madre, y el instinto helénico de Filipo; Aristóteles, su preceptor, le había sugerido muchas ideas; Homero una insaciable ambición de gloria; todo ello se fundía en una alma oscura, pero inmensa.

4. *Alejandro en Oriente.*— Artajerjes, el vencedor de Kyros, había vivido cerca de un siglo, y aunque siempre débil en el interior del imperio, el emperador se había visto reconocido como supremo soberano de los helenos por el tratado de Antálkidas; pero había sido impotente para reconquistar á Egipto, á pesar de la ayuda de Ifikrates, y al contrario, entonces hubo un Faraón que intentase conquistar á Siria; es verdad que contaba con mercenarios griegos mandados por el ateniense Khabrias y el viejo rey espartano Agesilas. Artajerjes murió, y su hijo, el parricida Okhos, subió al trono en 359 con el nombre de Artajerjes III, quien, cruel por naturaleza, sofocó en sangre la rebelión de Siria y en seguida invadió y ocupó Egipto; el alma de la invasión y de la resistencia fueron los mercenarios griegos; el último Faraón de la última dinastía se refugió en Ethiopia (345). Pero el imperio persa se disolvía; las provincias fronterizas habían vuelto á la barbarie ó se habían substraído á la obediencia; la administración interior era toda confusión; el eunuco Bagoas era el soberano verdadero, y temiendo perder el favor de su amo lo en-

venenó y dió el trono á Arses, á quien sacrificó también; coronó entonces á un amigo suyo, Kodomanos, que se llamó Darío III; era el año en que Alejandro subía al trono de Makedonia (336).

El congreso de Korinto había decretado la invasión del imperio Persa para vengar la invasión de Jerjes; era un motivo arqueológico; la verdadera causa estaba en el contacto de un organismo que se disolvía y otro militarmente más vigoroso que nunca.— Alejandro pasó con 35,000 hombres el Helesponto, que los persas cometieron la falta de no disputarle con su magnífica flota; celebró sacrificios en honor de Akiles, su modelo homérico, y pasó el Granikkos, con temerario valor, poniendo en fuga á los persas (334). Recorrió después victorioso el Asia Menor, recibió la sumisión de las provincias que formaban las antiguas satrapías, libertó del yugo persa á los ionios, y luego se dirigió por los desfiladeros de Kilikia á Siria. Alejandro quería asegurar su base de operaciones en las costas del Mediterráneo y privar de todo refugio en Asia á la flota persa, que podía atacar los puertos makedonios y sublevar á Grecia. Apenas hubo entrado en Siria el inmenso ejército de Daríos, pretendió cortar la retirada apoyándose en el Golfo de Issus y las faldas del Amanus; Alejandro volvió, y á pesar de lo doblado del terreno, que desbarataba la formación de la falanxe, hizo pedazos á los mercenarios griegos y puso en fuga al rey, que abandonó su familia y un gigantesco botín en manos del vencedor. Alejandro trató con benignidad inusitada á la madre y la esposa del gran rey; pero á las proposiciones de paz de éste, contestó: «tu reino es mío, reconóceme como tu señor.»— Siguió después la campaña de Fenicia, célebre por la defensa de Tiro, que Alejandro castigó cruelmente, y la de Gaza, á cuyo defensor arrastró atado á su carro de victoria. Tal vez visitó á Jerusalem; luego penetró en Egipto, que lo aclamó como su libertador; se hizo declarar, con mengua de la honra materna, hijo de Zeus Ammón, y ya cuando á los persas no quedaba un barco en el Mediterráneo y, según creía erróneamente el joven héroe, ni una esperanza de libertad á los griegos, volvió á Asia. Antes escogió en una boca del Nilo, entre una laguna y la isla de Faros, el lugar en que debía edificarse la Alejandría de Egipto, destinada á ser tan rica y tan grande.

Pasó el Eufrates y el Tigris, un poco abajo de las ruinas de Nínive, y dió con el ejército persa, que, según Arriano, era de un millón de infantes y cuarenta mil caballos en la gran llanura de Gogamela, cerca de Arbeles; Daríos, vencido de nuevo, huyó, llevando al vencedor en pos suya. Alejandro, que en materia religiosa se mostró siempre tolerante y de acuerdo con la opinión helénica, de que la divinidad era la misma en todas partes y sólo el culto variaba,

había sacrificado en los altares de Yahveh, de Ftá y de Ammón, fué acogido con honores divinos en Babilonia, que odiaba á los persas por impíos; es inverosímil la cantidad de riquezas que encontró ahí y en Suza; luego se apoderó de Persépolis, la verdadera capital, en donde incendió el palacio real en una noche de orgía, y se adueñó, en el tesoro privado de los akhemenides, ciento veinte mil talentos (140 millones de pesos). Y continuó su marcha en pos de Darios, que se había refugiado en Agbatana; el desgraciado rey no esperó á su infatigable perseguidor, quiso poner el desierto inmenso entre ambos, y Alejandro lo siguió á través del desierto, casi solo. Los compañeros de Darios lo mataron, para obsequiar al vencedor, que honró los restos del muerto y se declaró su heredero. El Asia anterior era suya, millones de hombres yacían ante él arrodillados, sólo un grupo de helenos permanecía en pie, dentro de su mismo ejército. Alejandro quería toda el Asia, y era un soñador capaz de realizar sus gigantescos ensueños. Algunos de sus generales conspiraban; ahogó en sangre la conspiración y partió á conquistar el Asia Central; la recorrió en todas direcciones, desde el mar Caspio á las cuencas del Oxus y el Yaxartes, desde Samarcanda hasta Herat, salvando, en medio de indecibles penalidades, el Paropamisos y el Hendo-Koh, circunscribiendo, en suma, toda la altiplanicie del Irán, combatiendo, festejando, temerario como un hoplita, espléndido como un sultán, soberbio como un dios. Llegó á los umbrales de la India, se alió á unos raiahs, combatió á otros, venció siempre, conquistó el Heptahendu (Penjab) y se dispuso para marchar á la cuenca del Ganges, el país sagrado y misterioso, el de las maravillas inimaginables; por el Ganges entraría al océano, recorrería el Sur de Arabia, de Lybia, volvería á Europa por el estrecho de Heraklés, sojuzgando á Kartago, á Italia, y descansaría en su trono con el mundo helenizado á sus pies. Sus soldados no quisieron seguirlo; Alejandro lloró su inmenso ensueño, y después de recorrer el Indo volvió á Babilonia. Cien proyectos hervían dentro de su cerebro y caldeaban su sangre. Un miasma palúdico lo mató el año de 323, antes de la E. V.

¿Era un demente? Se llamó dios, porque el mundo oriental sólo se dejaba conquistar por dioses. Mató á su mejor amigo en un raptó de embriaguez; pero lloró su culpa. Desconoció la dignidad helénica en los que no quisieron adorarlo, es cierto; su orgullo no conoció límites y en su alma el conflicto entre el rey heleno y el emperador persa era insoluble. ¿Era un aventurero teatral? ¿Por qué no limitó su ambición á libertar al Mediterráneo de los persas, á destruir Kartago, á auxiliar á su tío Alejandro en Italia, por qué no hizo una á la Grecia, ya que era un monarca? No podía dejar en pie el im-

perio persa; ahí estaba la inmensidad desconocida que lo fascinaba. ¿Era un grande hombre? El más grande entre los matadores de hombres. Sus conquistas quedaron sembradas de colonias helénicas ó Alejandrías; su designio fué convertir á Grecia en el mundo; este designio se realizó en parte; esto le deberá eternamente la civilización y el haber amado á Athenas. Plutarco, que lo idealiza, dice: «Desoyó á Aristóteles que le aconsejaba tratar á los helenos como amigos y á los bárbaros como animales. Creyéndose enviado por la divinidad para unirlos á todos, mezcló en la copa de la amistad los hábitos, las costumbres, los matrimonios y las leyes, y quiso que se considerase á todo hombre de bien como á un heleno, á todo malvado como á un bárbaro.»

BIBLIOGRAFIA.—Arriano: Anabasis de Alejandro; Diódoro Sículo, XVII; Justino, XI y XII; Quinto Curcio: Hist. de Alejandro; Grote; Curtius (hasta Filipo y Demóstenes). Droysen: el Helenismo (trad. fr.), Duruy y obras citadas.

EL HELENISMO.

(FINES DEL SIGLO IV Á MEDIADOS DEL SIGLO II, ANTES DE LA E. V.)

1.—Los Diadokos.—2.—Los Epigonos.—3.—Las ligas helénicas y la conquista romana.—4.—El Helenismo.

1. *Los Diadokos.*—Los Diadokos ó sucesores inmediatos de Alejandro fueron los jefes de su ejército; después de una riña sangrienta, cuando el héroe estaba aún tendido en su lecho de muerte, aquellos terribles ambiciosos se dividieron el imperio á manera de sátrapas; unos reconocían como rey al hermano de Alejandro, Arrideo, un imbécil; otros al hijo de su mujer asiática Rojana. La Regencia quedó encargada á Perdikkas y á Meleagros que quedaron al frente del ejército; Antípatros se reservó Makedonia y Grecia; Ptolomeos, hijo de Lagos, Egipto; á Saleukkos tocó el mando de la caballería; Antigonos permaneció en su gobierno de Frigia; Eumenes, el inteligentísimo secretario de Alejandro obtuvo una parte del Asia Menor; el resto del imperio quedó dividido entre otros personajes importantes.—Perdikkas quiso restablecer la unidad del imperio aconsejado por Eumenes; todos se ligaron contra él. Ptolomeos venció á Perdikkas en Egipto, en donde el regente fué asesinado; Antigonos hizo morir á Eumenes. Una buena parte de los conmitones de Alejandro desapareció en estas campañas (316). Este Antigonos, más ambicioso, cuanto más viejo, pretende realizar el programa de Perdikkas; entonces la coalición se rehace contra él, y en la batalla de Ipsos en Frigia